

Una vez que las necesidades básicas están cubiertas:

Gastar dinero en experiencias en vez de objetos materiales hace más feliz

"Haberme tirado en paracaídas o hacer un curso y aprender algo nuevo me aporta y enriquece mucho más como persona que comprarme un nuevo televisor", dice María Teresa Escobar (en la foto).

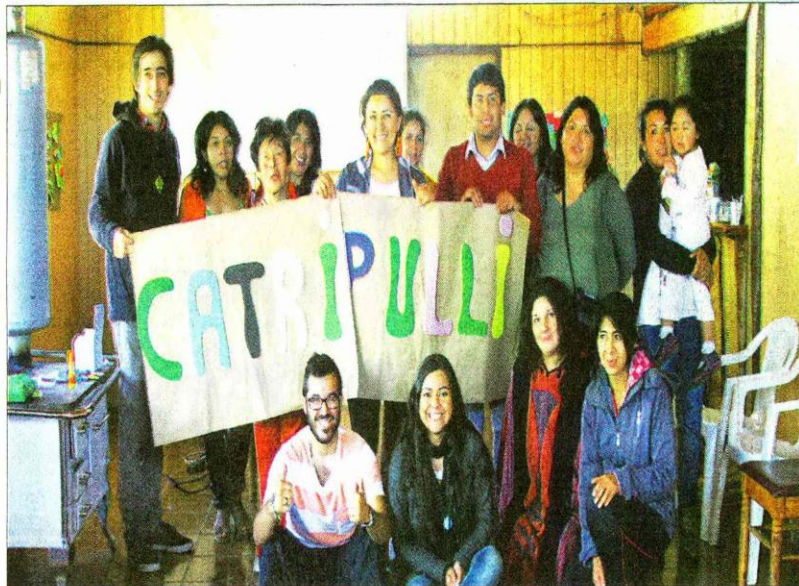
Un auto o un celular nuevo emocionan, pero por poco tiempo. Muy luego se produce acostumbramiento y esas cosas pasan a ser parte de la cotidianidad. En cambio, un viaje, asistir a un concierto o una actividad al aire libre con amigos pasan a formar parte de la identidad.



ESTEBAN LEÓN

“ Los logros o aprendizajes que deja una experiencia son permanentes y nos llevan a un bienestar de mayor duración”.

PATRICIO RAMÍREZ,
ACADÉMICO DE LA FACULTAD DE
PSICOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD
DEL DESARROLLO



MARÍA TERESA ESCOBAR

El año pasado, durante cinco semanas, Esteban León (abajo a la izquierda) dejó su trabajo y realizó talleres de emprendimiento en Catripulli (IX Región). "Es la mejor inversión que he realizado", dice.

“Cuando empecé a trabajar nunca usé la plata que ganaba para comprarme ropa, cambiar el teléfono o comprarme un auto, que es lo típico. Yo ahorré y me fui a vivir a Nueva Zelanda por un año y medio”, cuenta María Teresa Escobar (29), quien confiesa que ese viaje le sirvió para vencer miedos y volverse una persona mucho más autónoma e independiente.

“Cuando tienes un determinado presupuesto y hay que elegir entre comprar un bien material o pagar por una experiencia, yo elijo esta última”, cuenta. “Las cosas no son permanentes o pasan de moda, pero las experiencias quedan para siempre y suelen transformar a quienes las viven”. Entre todas las cosas que hizo en su viaje, María Teresa se tiró en paracaídas.

“Me costó alrededor de 250 mil pesos y, en total, no duró más de una hora. Pero esa hora, es un recuerdo que me hizo sentir súper realizada y orgullosa”.

Ella no es la única que mantiene esta filosofía. Thomas Gilovich, académico de la Universidad de Cornell (EE.UU.), ha estudiado la relación entre dinero y felicidad por

más de diez años, y según sus resultados, las cosas que compramos sí nos hacen felices —como un auto o el nuevo modelo de un celular—, pero solo por un tiempo. Después nos adaptamos y estas pasan a ser parte del día a día. No así las experiencias, que conforman nuestra personalidad e identidad.

“Sin duda que hay mucho de placentero en andar en un cómodo y lujoso auto o en ver televisión en una pantalla de última generación. Sin embargo, investigaciones han

demostrado que esos placeres, que muchos asocian con felicidad, son transitorios”, explica Patricio Ramírez, académico de la Facultad de Psicología de la Universidad del Desarrollo. “Los logros o aprendizajes que deja una experiencia son permanentes y nos llevan a un bienestar de mayor duración”.

En el día a día

Al igual que María Teresa, Esteban León (23) también quiso inver-

tir en una experiencia; renunció a su trabajo como diseñador en un hotel e invirtió los 2.500 dólares que tenía ahorrados en el programa Balloon Chile, haciendo clases y talleres de emprendimiento e innovación en Catipulli (IX Región).

“Las experiencias te van a dar historias para contar durante toda tu vida. Yo forjé lazos sociales muy importantes con quienes ahí vivían y aún nos seguimos viendo. La experiencia siempre va a ser una inversión más que un gasto”.

Por su parte, Irma Morales, psicóloga de la Universidad Católica e investigadora del Instituto Milenio para la Investigación en Depresión y Personalidad, advierte que no hay que dejar de lado el contexto de cada persona. “Si las necesidades básicas están cubiertas, las experiencias se vuelven más placenteras, ya que tienen repercusiones a nivel de identidad. No así un nuevo par de zapatos”.

Los expertos añaden que las malas experiencias también generan felicidad, ya que con el tiempo se transforman en buenas anécdotas o bien sirven para crecer como persona.

Por otro lado, María Teresa advierte que las vivencias tampoco deben ser tan extremas o implicar gastos tan grandes para hacer felices a las personas. “Salir a comer con amigas o ir al cine son buenas oportunidades para compartir”.

Morales explica que hoy, debido a la enorme cantidad de información a la que estamos expuestos, es difícil disfrutar de experiencias simples y cotidianas. “Uno piensa, ‘qué gracia tiene caminar en el parque si mis amigos están viajando en el Sudeste Asiático’. Pero no importa el lugar, sino el con quién estoy compartiendo, aunque sea con uno mismo. Si eres capaz de valorar la experiencia por eso, puede hacerte muy feliz cocinar junto a tu hijo o reírte solo viendo una película”.